

Acerca del territorio y los estilos de comunicación en las grandes ciudades⁽¹⁾

Mabel Piccini*

El crecimiento descontrolado de las grandes ciudades en las últimas décadas, junto con procesos concomitantes como la globalización económica y cultural y lo que podríamos designar como la urbanización ingravida de la videoesfera, no sólo nos ubican ante procesos históricos imprevisibles sino, por ello mismo, ante un cambio de perspectivas en los estudios culturales. Hoy la **Ciudad** es tema central en las reflexiones antropológicas, sociológicas e incluso semióticas, tanto de los países postindustriales como de los países periféricos. La ciudad concebida como el lugar en el que se despliegan procesos de "comunicación generalizada", de fluidez de los sistemas, de circulación rápida de los bienes, los cuerpos y los objetos y de todas las analogías y metafóricas que pueden promover las culturas de la imagen y del ciberespacio.

Sobre estos temas existen en la actualidad numerosos estudios que aunque tributarios de diferentes perspectivas nos permiten, precisamente por su heterogeneidad, aproximarnos a los diversos ángulos y perfiles de las grandes ciudades y, también, imaginar un cierto paisaje de fin de siglo. Entre los objetos de tematización quiero rescatar algunas de las ideas que se repiten con cierta insistencia (una especie de cartografía de los lugares comunes, en el doble sentido de la palabra, que son de todos y que se repiten): el florecimiento de la multiculturalidad, el nomadismo

como estilo de vida aunque también, para algunos autores, como expresión del desmoronamiento de lo social y de la vida pública, el predominio de lógicas de supresión del espacio y de "aceleración" de los tiempos históricos, la emergencia de nuevas reglas de inclusión/ exclusión desde los espacios urbanos y, finalmente, el triunfo de la comunicación a distancia y los trazados electrónicos como nuevos vínculos con el mundo. A grandes rasgos estas son algunas de las ideas recurrentes -no necesariamente similares- en los estudios culturales de la actualidad.

La reflexión contemporánea acerca del tema (los temas), como testimonio de un estado de cultura, nos permite entrever de qué modo hoy se construye una idea de ciudad y de ciudadanos, por consiguiente de territorio, de habitabilidad de los espacios, de relaciones intersubjetivas, como asimismo, inevitablemente, de identidad y de alteridad. Varios autores, como decía, van a coincidir en que la excentricidad creciente de las grandes ciudades es la metáfora privilegiada de la experiencia del mundo moderno. Esta experiencia estaría marcada, entre otras cosas, por la complejidad cultural y el reino de la incertidumbre. Se trata, dice Chambers, de una realidad multiforme, heterotópica, y básicamente de **diáspora**. Es decir, un estado de las relaciones colectivas marcadas casi permanentemente por la extranjería, la deslocalización y las migraciones, psicológicas y sociales.⁽²⁾ En otras palabras, por el exilio como estilo de vida y principio de comportamiento.

Hay un primer aspecto que quiero destacar en estos estudios: la extrema polarización que existe entre unos y otros; por un lado una cierta exaltación de nuevas modalidades de experiencia presididas por la multiculturalidad, el nomadismo y la hibridación de las costumbres y, por el otro, la presencia de un discurso y una reflexión que atiende en lo particular al desarraigo, la soledad y la segregación en las nuevas sociedades y en último término al eclipse de la sociabilidad y de las prácticas políticas tradicionales.

A partir de estos trazados intentaré situar algunos de los problemas que considero relevantes y mi propia posición ante ellos, tomando como motivo de estudio la ciudad de México en la que coexisten, sin mayor discontinuidad, los grandes enclaves de la riqueza y la modernización así como las formas degradadas de la extrema pobreza y la marginalidad.

El encuentro de los mundos: heterogeneidad y pluralidad cultural

Para los primeros estudios, a los que por facilidad llamaré la celebración del nomadismo y la multiculturalidad, existen como virtud en los nuevos enclaves, aun los de los países pobres, procesos continuos de experimentación, de desplazamiento, la mezcla de voces y culturas, el reconocimiento de los otros y la diversidad. Según estas perspectivas ya no existirían territorios locales en estado puro sino, por el contrario, todos serían a la vez nacionales y globales, por lo tanto sin componentes fijos puesto que están sometidos a procesos continuos de transitoriedad y de mutación. En otros términos, lo que se pretende subrayar es que con las nuevas modalidades de urbanización -y las de los intercambios planetarios- se impone y amplía el dominio del **diálogo** y el reencuentro con los demás. Para ser más gráfica, basta una cita de Grail Marcus en la que trata de referir el clima de las grandes ciudades: "esa magia en que la conexión de ciertos hechos sociales con ciertos sonidos crea los símbolos irresistibles de la transformación de la realidad social".⁽³⁾

Parte de esa "magia" es conectada por diversos autores con ciertas ideas sobre las industrias culturales a partir de una lectura muy particular de Walter Benjamin. Lo que éstas -y el ciberespacio en la actualidad- aportarían es una suerte de conmoción o sacudimiento de los elementos de la tradición a través de la reproducción técnica y la secularización de la imagen. Los resultados, desde la perspectiva del consumo cultural, se manifestarían en una recepción distraída en la que todos so-

mos expertos: todos aprendemos a movernos dentro y alrededor de los lenguajes de los **mass-media** lo que nos introduciría en la posibilidad de vivir una "estética metropolitana", la **de una democratización latente del uso de los sonidos, signos e imágenes contemporáneos, y del espacio, para una política insospechada de la vida cotidiana**.⁽⁴⁾ Los debates sobre estos asuntos, sostiene Chambers, atraviesan el conjunto de lo que podríamos llamar modernidad, en la que la nostalgia por la unidad perdida (véase el caso de los estudios de Frankfurt, particularmente Adorno y Horkheimer) es un sentimiento fuera de lugar. Lo que resta ahora es la presencia de subjetividades hetero-géneas. Son las historias particulares las que nos permiten reconsiderar el sentido contemporáneo de la ciudad, de sus lenguajes, culturas y posibilidades.⁽⁵⁾

Como sabemos, la "modernidad", en su fase actual, como proceso de "modernización" y eficiencia tecnológica y tecnocrática, intenta recubrir todas las esferas de la vida social. En esta fase de la "comunicación generalizada" se transforman aceleradamente las formas de constitución de la opinión pública, los diálogos sociales y, también, los lenguajes de diferentes comunidades. A la vez, la intensificación de las redes de comunicación, el flujo ininterrumpido del discurso social, aseguran una nueva diagramación de los espacios colectivos y auguran la aparición de una sociedad de espectadores. Los lugares ondulatorios de las nuevas tecnologías y los consecuentes procesos de "mundialización", efectúan una conexión inmediata entre lo disperso y lo diferente aboliendo fronteras regionales y abriendo un horizonte de expectativas en el que los ciudadanos -o al menos las minorías que detentan ese rango- tienden a convertirse en ciudadanos del mundo.

En un texto muy conocido,⁽⁶⁾ Gianni Vattimo, siguiendo esta línea de reflexiones, define como característica relevante de las sociedades actuales, la de ser sociedades de comunicación generalizada en las que los **mass media** regulan la mayoría de los inter-

Notas

⁽¹⁾ Estas reflexiones forman parte de una investigación más amplia sobre la vida cotidiana y las prácticas culturales en la ciudad de México. En su última fase este estudio ha sido subvencionado por el Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) de México.

⁽²⁾ Chambers, Iain, *Migración, cultura, identidad*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1995, pág. 127 y ss.

⁽³⁾ Citado por Iain Chambers, op.cit., págs. 130 y 131.

⁽⁴⁾ Op. cit., pág. 134.

⁽⁵⁾ Op.cit., pág. 144.

⁽⁶⁾ "Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente?". En: G.Vattimo y otros, *En torno a la Posmodernidad*. Anthropos, Barcelona, 1990.

cambios culturales. Cabe recordar algunos de los efectos que atribuye a la industrialización y masificación de la cultura en las sociedades contemporáneas. En principio, el fin de la modernidad y la disolución de una idea unitaria de la historia. Los regímenes de comunicación generalizada y también el imperio de las culturas efímeras habrían contribuido a la erosión de los grandes relatos a través de la pulverización de las visiones del mundo hasta el límite de lo caótico. El fragmento como estilo narrativo, la información cotidiana que debe renovarse por su condición perecedera, la misma fugacidad de las imágenes de débil definición, son algunas de las coordenadas de una cultura frágil -que por esa su íntima naturaleza- pondrían en cuestión los fundamentos teleológicos de la racionalidad moderna.

Pero estos postulados no llevan al planteamiento de que las máquinas de visión despliegan una realidad transparente. Más que una puesta en escena de "lo real en sí", las culturas de la imagen emplazarían, por el contrario, una suerte de "fabulación del mundo" que se construye, con independencia de cualquier voluntad expresa, a través de numerosas perspectivas visuales y culturales. La yuxtaposición de estas perspectivas, a veces la contradicción manifiesta de éstas en el caudal de mensajes que establecen extrañas relaciones de contigüidad, promoverían la erosión del propio principio de realidad, esto es, un estado oscilatorio que hace vacilar la posibilidad de una interpretación unívoca ante la llamada realidad.

Para Vattimo esta construcción de lo real figurado, el entrecruzamiento de sentidos, los puntos de vista contrastados entre minorías (sexuales, étnicas, religiosas o estéticas) que, según esto, hoy ocupan la escena de los medios, y por consiguiente de las ciudades, sería el cauce que desata una nueva idea de pluralidad. De este modo asistiríamos al quiebre de un tipo de racionalidad que iluminó las visiones del mundo de las sociedades modernas: esta ruptura se expresa en el pasaje de una idea de la historia como foco integrador de los heterogéneos acontecien-

tos sociales al descubrimiento de una "multiplicidad de racionalidades locales" que producen una especie de "extrañamiento" ante la diversidad de lenguas menores, de dialectos, de relatos fragmentarios, de dispersión. Este estado de cultura en el que predominarían los elementos dispersos y a veces marginales así como las singularidades de los diferentes actores sociales constituirían la manifestación de una libertad política fundamental: la libertad de expresión de la pluralidad de intereses y energías sociales en las ciudades contemporáneas.

La pulverización del espacio público

Para la otra línea de reflexión y a partir de los mismos datos cabría una interpretación opuesta: la gradual desaparición del espacio público, una sociabilidad olvidada, en particular aquella que se conocía tradicionalmente como urbanidad y también civilidad, esa inflexión del espacio y el tiempo urbano que promovía al individuo y al conjunto colectivo bajo la especie de ciudadanía. Como lo sabemos por la experiencia de las ciudades latinoamericanas aunque ocurre en el resto del mundo occidental, la ciudad puede pasar a convertirse en objeto de memoria, reliquia o publicidad turística como es el caso del centro histórico de la ciudad de México instituido en patrimonio histórico de la humanidad. El resto, el margen de lo **viviente**, podríamos llamarle, se convierte en una réplica urbanística y social de las ciudades dominadas por el gran poder mundial (o transnacional), idénticas en su funcionamiento abstracto, definitivamente desterritorializadas, convertidas en lugares intercambiables o en lugares de confinamiento y exclusión.⁽⁷⁾

Roman sostiene que en la ciudad convergen tres crisis: una crisis de nuestra representación del conflicto social y de las formas que adquiere la fractura social bien representada en la expresión sociedad dual o sociedad de la exclusión; una crisis de la urbanidad, de las formas de sociabilidad ligadas tradicio-

⁽⁷⁾ Roman, Joël, "La ville: chronique d'une mort annoncée?". En: revista *Esprit*. Paris, juin 1994, pág.5.

nalmente al hábitat urbano debida a la presión individualista, y finalmente una crisis de las formas instituidas de la comunicación social, del intercambio político, del espacio público y de la representación política. Estaríamos ante lógicas del confinamiento o de la "relegación", asunto que veré más adelante.

Aparece en estos estudios otra noción de la vida social: el triunfo de la civilización urbana (transportes y telecomunicaciones) por un lado y por el otro lo que se concibe como la muerte de la ciudad tradicional. Reconquistar la ciudad significaría encontrar la exacta distancia entre la identidad comunitaria y la extranjería impersonal, la exacta distancia para que la política renazca en las ciudades. Las culturas contemporáneas no pueden pensarse fuera del crecimiento de las ciudades, piensa Françoise Choay.⁽⁸⁾ Y, ampliando el sentido de la afirmación, podría decirse que las sociedades actuales sólo pueden ser concebidas como el triunfo de lo urbano. Lo urbano entendido, en su carácter de sistema operatorio que se desarrolla en todos los lugares, en las ciudades y en el campo, en los pueblos y en los barrios, a partir de redes materiales e inmateriales y de un conjunto de objetos técnicos que ponen a circular un mundo de imágenes e informaciones que transforman los vínculos que las sociedades mantienen con el espacio, el tiempo y los individuos. La proliferación de lo urbano sobre el tejido social pondría en cuestión la antigua solidaridad entre **urbs** y **civitas**, con lo que la interacción entre individuos y grupos es al mismo tiempo desmultiplicada y deslocalizada. La pertenencia a comunidades de interés, sostiene Choay, no se funda más en la proximidad ni en la densidad demográfica local. Transportes y telecomunicaciones nos involucran en relaciones cada vez más numerosas y diversas; ahora, integrantes de colectividades abstractas, las implantaciones espaciales ya no se presentan ni coinciden con la estabilidad en la duración.

Si la ciudad -**civitas** - fue tradicionalmente el espacio de elaboración de la ciudadanía (el agora griega, la plaza pública del siglo de las Luces) hoy ese

espacio ha estallado entre un espacio sin fronteras ni límites que se orienta hacia la utopía de una comunicación generalizada -la de los medios- y el espacio de las "tribus",⁽⁹⁾ restringido, casi privado, donde se expanden nuevas subjetividades, identidades fortalecidas en su propio exclusivismo y en sus propios procesos de "personalización" o narcisismo, como se lo quiera ver. Es decir, estaríamos entre espacios y procesos de mundialización, por un lado, y de localización individualista, por el otro. La figura del individuo, en su dispersión, parece suceder a la figura del ciudadano, noción esta última ligada a una cualidad de los habitantes en tanto partícipes de ciertos derechos y ciertas obligaciones que tienen que ver con el gobierno de la ciudad.

A propósito de este punto quiero recordar a un pensador importante dentro de este campo, Richard Sennett y a dos de sus libros más antiguos que conservan, a mi juicio, una gran vigencia: *Vida urbana e identidad personal* y el clásico *El declive del hombre público*.⁽¹⁰⁾ Algunas de sus ideas que todavía siguen teniendo validez, a mi parecer, en relación a la cuestión urbana y, si seguimos manteniendo la distinción **urbs/civitas**, a la cuestión ciudadana, me sugieren ciertas cosas en relación a las metrópolis contemporáneas. Sobre todo, lo que concierne a la descripción de Sennett relativa a la configuración y trazado de las ciudades norteamericanas, hace varias décadas, cuando despuntaban los suburbios como modalidades de reclusión entre bardas protegidas. El suburbio como ghetto donde tienes todo y para qué vas a salir, ante los peligros y las inseguridades de la vida urbana, se convierte en forma de segregación de la ciudad, de encierro. Esta es una de las hipótesis centrales de *Vida urbana e identidad personal*.

Ante esta retirada a los suburbios de masas crecientes de población, Sennett advierte una nueva modalidad de vida cotidiana, que podríamos definir, también, como una nueva configuración de la vida privada. La aparición de lo que él llama **la familia intensa**: nueva reagrupación de las energías colecti-

⁽⁸⁾ Citado por Joël Roman, *Esprit*, pág. 6.

⁽⁹⁾ Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*. Icaria, Barcelona, 1990.

⁽¹⁰⁾ El primero, Península, Barcelona, 1995, el segundo, misma editorial, 1978.

vas en unidades mínimas con el propósito de alcanzar una especie de identidad purificada. El mito que llevaba a perseguir esta suerte de purificación de las identidades, según las ideas de Sennett, se materializaba en los suburbios como espacios de defensa ante las posibles amenazas de la vida urbana (en su máxima latitud: la esfera pública). Sennett advertía en esta especie de autoexilio -que hoy podemos encontrar en nuestras ciudades- la fractura de ciertas redes de solidaridad, puesto que lo que se intenta es evitar el contacto con el otro en su desnudez o su potencial peligro. El otro como lo espurio ante la pureza de las redes familiares. La "purificación de la identidad", en este caso, sólo se lograría mediante la creación de intervalos que distancian a los ciudadanos, pintan la raya a los desconocidos y truecan el sentido de las redes urbanas y, por supuesto, de las redes culturales. La familia, finalmente es esa cápsula, el lugar de encuentro -y de repliegue- de vidas privadas.

Sin duda, en la actualidad, podemos reencontrar estas trayectorias poblacionales en su máxima expresión. Por el momento me limito a subrayar que en las grandes ciudades la sobrevivencia de la familia bajo la figura de la familia conyugal compatible con los nuevos modos de producción puede ser entendida, entre otros factores, como consecuencia de un conjunto de equipamientos colectivos que constituyen, al lado de la fábrica y la vivienda, **un dispositivo que en sus diferentes articulaciones sostiene esta unidad mínima de paréntesis**, órgano eficaz de los nuevos sistemas de poder. Por algo, la insistencia del urbanismo moderno y otras asociaciones en poner a la familia como "célula" y fundamento de la sociedad, y a la vivienda o a la habitación como punto de partida de toda operación urbanística. Por el momento y por lo que diré más adelante, me interesa destacar cómo funcionan los equipamientos colectivos al mismo tiempo como territorio no familiar pero también y simultáneamente como condición externa y constitutiva del funcionamiento de la familia conyugal. Si entendemos estos

dispositivos como una suerte del inconsciente colectivo de la vida urbana, podríamos proponer en una primera interpretación, que de algún modo instituyen formas de desarraigo y aislamiento y otras modalidades que definen el individualismo y el encierro de la vida contemporánea.⁽¹¹⁾ Naturalmente, estas ideas están más relacionadas con los países del capitalismo tardío que con los nuestros, en donde la **familia extensa** es la forma de expresión de la **familia intensa** una de las últimas redes de solidaridad que se manifiestan en nuestras ciudades, y particularmente en las clases populares, como forma y estilo de expresión cultural y relaciones de sobrevivencia, tema que no puedo abordar en este espacio.

En función de lo que he venido refiriendo, es posible postular que, en la actualidad, se producen deslizamientos y mutaciones con respecto a la figura y las representaciones del ciudadano al tiempo que redefinen, en buena medida, su filiación territorial y tradicional: ahora es habitual hablar de usuarios, consumidores, beneficiarios de tal o cual servicio, servidores públicos, sexo-servidores, inmigrados y migrantes, paracaidistas y hasta de habitantes-receptores, entendiendo esto último como el actor que recibe los múltiples mensajes de las culturas de la imagen. Estas figuras semánticas aluden a un nuevo tipo de poblador o habitante, a una mengua, si se quiere, de la ciudadanía; todos estos personajes emergentes siempre están en riesgo de "desafiliación", que es decir de deslocalización y desocialización. Las grandes metrópolis contemporáneas, en sus diferentes estilos, son, como lo sabemos, espacio de intercambio, estrategias y tácticas, ya sean parciales o intermitentes por parte de sus habitantes, lo que representa la arquitectura viviente, móvil de las ciudades. Porque, en efecto, la ciudad es habitada, atravesada, recorrida en múltiples direcciones, en un pulular vertiginoso. Pero son fragmentos de apropiación individual, a veces colectiva, en los estadios, los conciertos multitudinarios en los que las grandes pantallas reproducen lo que pasa en el escenario converti-

⁽¹¹⁾ A propósito de estos temas ver el libro de Francois Fourquet y Lion Murard, *Los equipamientos del poder*. Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

do en miniatura por las dimensiones del recinto o de la plaza pública, en las movilizaciones y marchas que van a contracorriente del tránsito y las vías rápidas. Son islotes de vida que resisten a pesar de la confusión, la desorientación y el caos, en la mayoría de los casos, y sobre todo en los países periféricos.

Las tecnologías del poder

Cuando se habla de la desterritorialización de las ciudades modernas- y ya hemos visto que la idea es investida de diferentes valores según los autores- estaríamos aludiendo a la presencia de flujos abiertos que van socavando la idea de unidad y también lo que es tentativa y objeto del urbanismo: la codificación de las fuerzas y relaciones sociales. Ahora bien, ¿cuáles son las causas que la sustentan? Postularía, como es obvio y en primer lugar, que son las que propician en nuestros países los procesos económicos y culturales del mundo global y las políticas neoliberales de modernización, pero esta es una afirmación general y abstracta, casi de sentido común, que nos impide ver algunos de sus resultados: las inmensas fracturas que se operan en el cuerpo social, la segregación de sectores enteros de la población, la desigualdad o las distancias cada vez mayores entre clases, el aumento de la criminalidad y la violencia como síntomas de la descomposición social y la presencia de un tajo abierto en los estilos tradicionales de convivencia. Todo ello es materia para producir la excentricidad generalizada del espacio urbano en donde convergen múltiples ciudades en una ciudad y múltiples equipamientos que intentan controlar el desorden y la anarquía.

Esto es algo diferente a imaginar la "magia" de la multiculturalidad o de la hibridación en los intercambios materiales y simbólicos de las ciudades, así como las participaciones vicarias en el consumo como forma de vínculo social, o si se quiere, de integración entre grupos que tendrían como punto de convergencia una parecida valoración de los objetos y mercancías del

mercado. Los que pueden poseerlas porque las poseen y los que no las poseen porque desearían poseerlas: efecto de publicidad o de deseo se ha escrito bastante sobre esta pulsión colectiva y de supuesta integración por la cual el consumo, sostienen, no es motivo de conflicto y por el contrario sirve para pensar y relacionarse en una sociedad. Este es un punto importante para analizar aunque por razones de espacio no las profundizaré en este momento.

Lo que sí podemos afirmar, con mínimo margen de error, es que las codificaciones recurrentes de los equipamientos urbanos y las recodificaciones ante las sucesivas transformaciones poblacionales y territoriales son insuficientes para contener los flujos desterritorializados en nuestros países: los desplazamientos e incertidumbres de grupos y individuos, la discriminación étnica o de clase, el desempleo de amplios sectores de la población y sus consecuencias, el crecimiento de las mafias -en las altas esferas del poder y en las recurrentes formas de expresión de la miseria- y las nuevas institucionalizaciones "informales" de la marginalidad. La planificación urbana, en todo caso, tiende cada vez más a la búsqueda de **territorios seguros** - reterritorialización permanente- ejercicio de actualidad en el que se renueva la necesidad de impulsar y poner orden dentro de la anarquía y de lo que resulta aun más sorprendente, de levantar fortalezas contra las posibles agresiones de una guerra no declarada pero existente. De tal modo podría postularse que las ciudades multiculturales y la reciente proliferación de nuevos equipamientos colectivos (ejes de circulación rápida, centros comerciales, supermercados, centros de salud, nuevos equipamientos culturales, cines encapsulados como cajas de cartón, modernización de los centros financieros etc., todos ellos resguardados con sistemas extremos de seguridad electrónica y de guardias armados o vigilancia privada) parecen manifestar la paradoja de que en vez de producir ciudad producen una no-ciudad, un proceso gradual de desurbanización de los espacios públicos o, de otro modo, la ampliación intermi-

nable de espacios del anonimato y en su extremo espacios de la exclusión.

Podemos vislumbrar estos trazados si hacemos un breve recorrido por la ciudad de México.

A partir de principio de los ochenta podríamos decir que la ciudad se fragmenta con la crisis económica y, a la vez, aunque suene paradójico, empieza un ciclo ininterrumpido de modernización en diferentes órdenes de la vida social y urbana. Porque la ciudad de los palacios, la región más transparente, al tiempo que ordena sus tiempos y espacios con los de la modernidad, la de los grandes capitales mundiales y locales, empieza simultáneamente a delinearse como un laberinto prisionero de la contaminación en sus diferentes modalidades: la del aire, la de la corrupción, la del narcotráfico, la de las mafias organizadas.

La modernidad se manifiesta en los nuevos trazados urbanísticos y los emplazamientos colectivos que van cambiando el paisaje, los hábitos y las costumbres de sus habitantes. Lo que ya era un *palimpsesto* de geologías históricas ahora se convierte en una especie de *collage* cuyo tipo de hibridación y yuxtaposiciones no sólo es difícil de descifrar sino básicamente de habitar o transitar. Propondría que por estas épocas, sin mayores precisiones, hay una especie de proliferación de espacios de tránsito y de movimiento que van cubriendo de manera definitiva la fisonomía de la ciudad. A la vez, lo que se produce de manera vertiginosa es el descentramiento de sus diferentes ejes de orientación: expansión descon-trolada y desarticulación de sus puntos de referencia.

Las técnicas de la velocidad y la eficacia parecen regir todas las decisiones acerca de los equipamientos urbanos; la ciudad comienza a convertirse en un derivado del movimiento y de la productividad, al menos como pretensión de los planificadores, de los políticos y los empresarios. Proliferan los ejes viales que fracturan espacios, colonias, pueblos, destruyen espacios verdes y otras modalidades del encuentro urbano. La abstracción se manifiesta incluso en que

los nuevos "ejes" están clasificados por números que han desplazado los nombres tradicionales de las calles. Un jeroglífico de señales que se ciñen claramente a la propia tendencia a la abstracción de la ciudad. A la vez, junto a las rutas de alta velocidad, se vuelve imprescindible acortar los tiempos del consumo: surgen como hongos los centros comerciales, los supermercados, los restaurantes en cadena en todas las colonias de algún prestigio o capacidad de consumo y aun en las otras. Lugares de encierro y del corte preciso, incisivo, sobre la vida urbana en lo que todo es posible en las economías del consumo, plazas públicas y encerradas que facilitan los intercambios más inmediatos y la habitabilidad relativamente segura de la ciudad. No importa, como ha ocurrido recientemente, que estos emplazamientos se establezcan sobre centros ceremoniales prehispánicos, como es el caso de **Cuicuilco**, patrimonio histórico de este pueblo y para las Naciones Unidas de la Humanidad. Sobre la singularidad irreplicable de una cultura que se remonta a diez siglos atrás, se imponen los diseños abstractos y quizás perecederos de nuestros tiempos. Equipamientos construidos para su rápida obsolescencia, que no hablan ni representan a nadie excepto para favorecer los espejismos del consumo y de la convivencia que se establece a su alrededor. El tiempo ha sido cancelado.

La ciudad es un hervidero, los atoramientos de tránsito, un parque automotor que no tiene cabida en las circulaciones preestablecidas, el metro que se congestiona de manera alarmante en las horas pico, los peseros, los autobuses en una carrera contra el tiempo. Mientras, crecen los suburbios en la ciudad sin centro; todo nuevo proyecto habitacional asegura que los habitantes podrán replegarse hacia zonas menos amenazantes que los espacios -múltiples- de la ciudad turística, comercial, o de la ciudad marginal.

Los equipamientos colectivos, por el momento y sin muchas posibilidades, estarán en la retaguardia del crecimiento desmesurado y de las necesidades de la población. Así como los centros comerciales,

surgen los estacionamientos subterráneos o aéreos, lo mismo da, o los cajeros automáticos, casi uno en cada calle de las diferentes colonias. Y al mismo tiempo, el discurso de la prevención: cuidarse, protegerse de los asaltos, asumir determinadas conductas y horarios para evitar que un simple trámite se convierta en asalto, secuestro, robo o cualquier otra fórmula de la delincuencia. Los discursos circulan como volantes, la televisión, a su vez se encarga de amplificarlos en la nota roja. Nadie puede estar desprevenido en la ciudad de los palacios.

También se concentran en equipamientos similares, las salas de las bellas artes, los multicinemas, los teatros, las discotecas, todos construidos sobre la base del achicamiento del espacio, de su domesticación y, sobre todo, de la congregación controlada de los flujos poblacionales, de los cuerpos, de los individuos, con estacionamientos subterráneos y líneas de orientación cerradas ante las amenazas del espacio exterior, es decir, del espacio urbano. Podríamos hablar de lugares extraterritoriales de congregación restringida y, antes que nada, protegida.⁽¹²⁾ **La ciudad reelabora el espacio público de modo que el afuera, lo abierto al exterior o a lo urbano no sea una amenaza para los pobladores; en este sentido los equipamientos colectivos tienden conscientemente a erigir un simulacro de congregación, contacto, vida urbana, diálogo y ensanchamiento de la civilidad.**

Marginalidad y asignación de identidades

Si admitimos que la **ciudad** es un momento de densidad de los equipamientos, el lugar donde el territorio es codificado como expresión del poder político y económico y, en ese sentido, los diferentes equipamientos urbanos son máquinas de producir "socius" -sociedad-⁽¹³⁾ creo que hoy es posible postular que vivimos un momento de alta desintegración y deslocalización de la vida urbana sobre todo

en los países subordinados o periféricos. En ellos, como es el caso de la ciudad de México, pueden advertirse de manera tajante y hasta brutal las proyecciones espaciales que promueve la llamada modernización sobre un espacio social fracturado por todas las desigualdades. El abismo de la diferencia, a pesar de los voceros de la posmodernidad, no representa un lugar de encuentro entre ciudadanos (ni de la construcción de la ciudadanía) tampoco el espacio del diálogo y las posibilidades del reconocimiento de la alteridad. Identidad y alteridad son las secuencias de un mismo proceso de disolución en tiempos de crisis y de oscuridad.

¿Cómo trabajar, entonces, la diversidad, los abismos entre clases, la miseria siempre agravante, la corrupción y la criminalidad, la destrucción de los vínculos sociales en ciudades que se devoran a sí mismas y que asisten a una destrucción creciente de las reglas de urbanidad?

Si bien el desarrollo unificado del mercado capitalista tiende a hacer de las ciudades dispositivos homogéneos, ¿cuáles son los resultados? ¿ciudades abstractas, como dicen algunos urbanistas y sociólogos del primer mundo? ¿Ciudades multiculturales abiertas a las diferentes expresiones de la diversidad, como proponen otros? ¿O, sencillamente, como es nuestro caso, ciudades asediadas por amenazas de diferente naturaleza por las cuales tienden a destruirse los mínimos lazos de solidaridad y de vida civilizada o que fluctúan entre la civilización y la barbarie?

Por de pronto, como hemos visto, supervisar, vigilar y ordenar como principios de la urbanización y de sus equipamientos da como resultado lógicas de la diferencia y la discriminación. La diversidad y heterogeneidad poblacional es encuadrada y encasillada en lugares de vivienda y localización según sus marcas de clase y la calidad asignada a su condición de ciudadanos, según principios de clasificación, es decir, de inclusión/exclusión. El límite como principio antropológico convierte a la ciudad en múltiples ciudades, en fortalezas separadas, cantones, o para ape-

⁽¹²⁾ Estas orientaciones planificadoras que hablan de setenta años de gobierno del PRI han pretendido ser contrarrestadas por el gobierno de la ciudad, hoy en manos del PRD (Partido de la Revolución Democrática) en estos últimos tres años de su gestión. Una de las tareas que se fijó como objetivo, en el inicio con Cuahutémoc Cárdenas, ahora con Rosario Robles, su sucesora, es devolver la ciudad a sus habitantes. Parte de la tarea cultural en la ciudad sin límites ha sido -y es- reintegrar los espacios públicos a los ciudadanos. Para ello la realización de obras como ciudades deportivas, parques de recreación y, en particular la realización de grandes conciertos populares, obras de teatro, proyección de filmes en el zócalo de la ciudad, la sede del poder político y simbólico (y en otras zonas de particular arraigo y orientación de la vida urbana) que han congregado a decenas de miles de capitalinos.

⁽¹³⁾ Libro anteriormente citado, pág.29.

lar a viejas designaciones, en reservas o relegamientos, y hasta en zonas de refugio. Las clases medias y altas -con las diferencias del caso- se aseguran en condominios o residencias con altas bardas, perros entrenados, guardaespaldas y sistemas electrónicos de protección, vigilancia privada y hasta la privatización de las calles adyacentes.

El resto es la periferia, colonias relativamente alejadas del "centro" de la ciudad y en su extremo los cinturones de miseria⁽¹⁴⁾ en donde flujos migrantes de población, la mayoría ilegales, han sido territorializados o sojuzgados en registros de clase o sencillamente de marginalidad: vivir en los márgenes o en la "mancha urbana" aquella que se disemina sin límites fijos, flotantes e inesperados por las orillas de la ciudad. En esa zona extraterritorial -la periferia- se hacina la masa de "bárbaros" de la nueva sociedad, amontonada en los bajos fondos, asomándose detrás de la alambrada de la sociedad civil, de la fábrica, del barrio obrero, del desempleo apenas encubierto, del ambulante, de los grandes basurales y otros equipamientos colectivos informales apenas establecidos para sobrevivir. Buena parte de estos habitantes (pobladores) de la ciudad de México ha salido esporádicamente de la colonia donde habita, los que lo hacen de manera habitual son los trabajadores que por lo regular tienen que recorrer grandes extensiones para llegar a sus empleos; la población femenina, en particular, se mueve en los ámbitos urbanizados de su colonia y adyacencias, conoce la ciudad y el centro histórico de la ciudad más por la televisión que por sus propios desplazamientos; resumiendo, tiene una idea distante de su territorio de pertenencia, del lugar en el que le tocó vivir y de lo que lo rodea. Nos enfrentamos a una encrucijada: por un lado a la reclusión en zonas restringidas del territorio, por el otro al desborde, ambos como lugares polarizados ya sea como reclusión o como peligro potencial de la gran ciudad. Cualquiera sea la modalidad de vivir, o sufrir, los límites convenidos u objetos de norma social nos lleva a la realidad del **exce-**

so. Podríamos hacer una enumeración de todas aquellas dimensiones en que se manifiesta la desmesura de la ciudad sin límites y también las fronteras tranquilas entre las que se manifiesta la vida "normal". Pero ello excede este artículo.

Convendría señalar, para regresar al comienzo, que los equipamientos colectivos tienen multiplicidad de funciones y una de ellas, para nada la menos importante, trabaja u opera sobre la identidad, se cierra sobre el "yo", sobre la persona, asignándole casilleros restringidos de existencia civil de modo de evitar el peligro virtual de la masa libre o protagonista de acciones sociales. Se trata de la asignación de roles y la definición de caracteres o tipologías sociales. Cada tipo de equipamiento produce un personaje y un conjunto de representaciones sociales. Estos no se circunscriben a la masa de marginales, alcanza a la totalidad de la población: el alumno a la escuela, el viejo al asilo, los mayores a los clubes de la tercera edad, los locos al manicomio, los delincuentes a la cárcel, la gente decente a la televisión o a un cine protegido, los jóvenes a las discotecas o los bares inocuos de las cadenas norteamericanas, las "bandas" a las calles, las familias en sus casas suburbanas, en los llamados condominios multifamiliares.

Pero el espectáculo de la marginalidad (que hasta podríamos llamar "multiculturalidad") en las grandes ciudades no acaba aquí: hay un enorme repertorio semántico para designar a "los que no son como uno", en el que afloran todas las formas ideológicas del racismo y la discriminación: se hablará del lépero, el pelado, el naco, el indio, el negro, el joto, etcétera, todos ellos, como señala Monsivais⁽¹⁵⁾ resultado de una síntesis histórica de los procedimientos de inclusión/exclusión, determinante para entender el empobrecimiento y el envilecimiento sistemático de la sociedad. Para este autor el problema consiste en que los excluidos tienen que aceptar a la fuerza la identidad asignada y los procedimientos de la exclusión, lo cual refuerza la imposibilidad de integración y un enorme costo psíquico para asumir esa identidad asignada y construir

⁽¹⁴⁾ Según el Banco Mundial y otras cifras recientes de Naciones Unidas, el 80% de los habitantes de la ciudad de México se alinean en los rangos de la pobreza o de la pobreza extrema.

⁽¹⁵⁾ Monsivais, Carlos, "Los espacios marginales". En: revista *Debate Feminista, La ciudad. Espacio y vida*. México D.F., abril de 1998.

su propia historia, adaptarse al medio y sufrir la culpa de no corresponder a la norma: en ese inmenso mosaico se juntan los subversivos, los vándalos, los disidentes políticos o religiosos, los judíos, los extranjeros, los minusválidos, los alcohólicos, los neuróticos anónimos, los indígenas, los homosexuales, los habitantes de la pobreza y la miseria, los iletrados, los analfabetos...etcétera, es decir la mayoría de la población. De algún modo, todos somos extranjeros y marginales en la ciudad de México.

Habría que analizar con detenimiento de qué modo los intentos de codificación territorial para producir el arraigo de masas de población a través de equipamientos, planificaciones, formas de fijación de los movimientos y encuadramiento de las conductas, producen gradualmente mayores cargas de desarraigo y marginalidad. Sin duda una respuesta elemental es aquella que nos conduce a pensar que toda codificación espacial en mundos de creciente desigualdad lo único que pretende es poner a cada quien en su lugar y en ese sentido marcar las líneas de diferenciación que permitan mínimamente ordenar las multiplicidades, articular el todo y sus partes, relacionar estas últimas entre sí, es decir, resolver los problemas clásicos del poder. Pero en esa lucha sin cuartel los segregados, los confinados, los marginales tienen algo que decir, algo que hacer; el estigma produce transgresiones (y resistencias) de toda naturaleza y, sobre todo, una normatividad extraterritorial y extralegal dispuesta a ejercerse sobre el territorio (y los habitantes del territorio) del que han sido expulsados.

Territorios audiovisuales: vámonos por la paz

Si la ciudad como espacio de comunicación está en vías de destrucción en sus puntos más frágiles y aun hasta en los más fuertes, nos asiste todavía como reaseguro para el sosiego y el encuadramiento de la población, el tendido ingrátido de las redes audiovisuales. Creo que estos dispositivos representan un nuevo estadio de los equipamientos colectivos y de

la vida urbana puesto que en su proyección y repercusiones producen ciudad, producen sociedad, aunque sea una sociedad imaginaria.

Como lo he venido postulando, **todo lo que es capaz de fluir produce un nuevo equipamiento colectivo**,⁽¹⁶⁾ por ello, no es posible hablar de equipamientos aislados sino de una constelación; cada equipamiento originario se rodea de tecnologías adyacentes, periféricas, cuya función es recuperar a los diferentes segmentos o masas de población, que son distribuidos en ciertos espacios sociales "según un sistema cerrado de disyunciones limitativas".

Por su parte, los medios de comunicación, en particular los dispositivos electrónicos, instituyen un nuevo sistema que, a primera vista, parece estar fuera de los equipamientos colectivos convencionales. Si bien, por un lado, son dispositivos plenamente ligados a las esferas públicas del poder económico y político, en órbitas nacionales y transnacionales, por el otro su anclaje es individual y familiar. Se podría postular, quizás, que estos equipamientos, como híbridos sociales, son espacio de intersección entre las esferas públicas y privadas; sometidos a reglas de poderes fuertemente centralizados, son al mismo tiempo soporte de la vida cotidiana y de la privatización de las prácticas culturales.

"Toda la cuestión del socius consiste en impedir que los flujos del deseo se desparamen ..." escribía Felix Guattari en el libro ya citado.⁽¹⁷⁾ Y, si proseguimos estas ideas, es plausible imaginar que los dispositivos audiovisuales representan una nueva vía para la distribución de masas de población en espacios localizados y bajo control, un dispositivo que adquiere el valor de casillero para la concentración de los cuerpos, en este caso, en un ámbito de fluidez relativa: la familia conyugal o extensa, la casa. En la medida en que se trata de terminales domésticas, este dispositivo define, instituye, una nueva relación de los individuos con la ciudad y la vida colectiva, otra manera de concebir las relaciones sociales y la

⁽¹⁶⁾ Fourquet, Francois; Murard, Lion, *Los equipamientos del poder - Ciudades, territorios y equipamientos colectivos* - Gustavo Gili, Barcelona, 1978, pág. 78.

⁽¹⁷⁾ *Ibíd.*, pág. 95.

esfera pública y una nueva diagramación de la vida cotidiana. **Ahora es posible imaginar la movilidad sin desplazamientos.** Desde esta perspectiva, las nuevas tecnologías de comunicación pueden ser concebidas como equipamientos de recaptura, de perfeccionamiento de los lugares de anclaje de los cuerpos, de reciclaje de toda una tradición dentro de lo que se ha dado en llamar equipamientos culturales en las grandes urbes.

En este sentido, y del mismo modo que en otros casos de espacios representativos de la vida urbana, estos no pueden ser concebidos de manera aislada, se trata de una constelación de equipamientos que redefinen el trazado cultural de una ciudad y los estilos de habitar y de vivir el entorno. Es una red que toca múltiples puntos de la vida social y que se reproduce, en innovaciones crecientes, con nuevas tecnologías que al mismo tiempo que aseguran la eficacia de las existentes tienden a desplazarlas hacia lógicas de mayor eficacia. Las redes de comunicación transfronterizas crecen al ritmo vertiginoso que las distancias y desequilibrios de las diferentes sociedades exigen, una recodificación de los vínculos sociales. De este modo se establece una nueva agrupación de instituciones que van configurando un determinado paisaje social en sus múltiples conexiones: los hospitales con otros centros de reclusión, con la familia y la casa; la empresa con la escuela y las vías de circulación rápida; los teatros y los cines en declinación con las pantallas domésticas; los aeropuertos con los supermercados y los grandes centros comerciales, los museos en expansión electrónica con las realidades virtuales. Y todos ellos en una conexión global que marca las líneas de intensidad propias de un estado de la cultura y de la sociedad.

Por consiguiente, es necesario establecer un *continuum* entre dominios que hasta hace poco eran privativos de los aparatos de estado y otros que dependían de la iniciativa privada y de la vida privada. Porque son campos o sistemas de concentración de los cuerpos que, como conjunto y en sus variadas

articulaciones, prescriben un determinado uso del territorio, a la vez que inducen los vínculos que ligan a sus habitantes, normalizan, de algún modo, las energías colectivas y proyectan una cierta idea de identidad y pertenencia que trasciende las nociones antropológicas clásicas. Las geografías simbólicas, hoy, trazan tal vez intensidades y flujos de reconocimiento más poderosos que los territorios "reales" o terrenales, si podemos decirlo así. Del mismo modo que los no-lugares o lugares del anonimato recluyen a los individuos en espacios de soledad y distanciamiento de los demás.

Las tecnologías audiovisuales se inscriben en esta línea de acción que opera con particular eficacia en las atmósferas íntimas y en los circuitos de "personalización" de los individuos. Siguen el curso de desinstitucionalización de los mecanismos de control y actúan por intensificación de las rutinas de todos los días, como horizonte de posibilidad de las prácticas y del tiempo de vida, constituyendo, diría Francois Ewald a propósito de otros dispositivos, **un espacio, un espacio paraje, inter cambiante, indefinidamente redundante y sin exterior**. Como ya lo señalé, la productividad de este dispositivo y la cualidad de sus disciplinas están íntimamente ligadas al hecho de que definen la organización espacial y temporal de los sujetos, fijando, arraigando a los individuos a espacios localizables y bajo control e intensificando las redes de la **familia intensa**, para volver a la metáfora de Richard Sennett. Podríamos agregar que los territorios audiovisuales representan también la configuración de nuevas disposiciones y disciplinas que se acercan bastante a las disciplinas de la indiferencia que apelan crecientemente al individualismo, a una visión desterritorializada del mundo y a los núcleos más resistentes de los sistemas sociales, en particular la familia conyugal. Y en este proceso de paulatino replie-

que, de satelización de lo real, lo que se define es una suerte de encierro que paradójicamente parece contener el universo: lo que se encierra es el afuera.

Porque, sobre todo en ciudades de amenazas crecientes, lo que se encierra es el exterior, el afuera purificado o desmaterializado, en donde prevalecen las economías ficcionales sobre la territorialidad. La televisión -y el ciberespacio como mundo descarnado y extraterritorial- no sólo es un contacto ingravido con el mundo exterior, es básicamente ese contacto mediado por tecnologías que impiden el enfrentamiento con el mundo real hoy asediado por la desarticulación de las redes urbanas, o al menos de la mayoría de ellas, que procuraban un paisaje compartido y ciertas formas de convivencia y solidaridad que parecen eclipsarse gradualmente.

**Investigadora del Departamento de Educación
y Comunicación de la Universidad Autónoma
Metropolitana- Xochimilco. México D.F.*